



NIÑO INTERIOR - ADULTO INTERIOR - BUDA INTERIOR

El otro día estuve jugando con unos niños, hicimos el payaso y alguna excentricidad, nos lo pasamos en grande. Luego sus padres me dijeron que parecía mentira que yo fuera un profesor de meditación y que no debía hacer el loco de esa manera pues para los niños, como adulto, yo soy una referencia que imitan. Bueno, esto es cierto, pero solo en parte y solo si se entiende bien.

Nos han hecho creer que nuestra evolución es pasar de ser inconscientes a sentar la cabeza, de ser ingenuos y felices a volvernos personas serias y responsables. Y así pensamos que el crecimiento personal es una transformación con la que avanzar hacia adelante dejando cosas atrás, dejando de ser una cosa para ser otra. Pero resulta que en el interior del niño palpita ya el adulto e incluso el anciano, lo mismo que en una semilla palpita un árbol completo y en ese árbol palpita además su fruto. Somos lo que somos y a la vez somos lo que hemos sido y lo que podemos llegar a ser. Quizás ahora vemos un niño en el exterior pero en el interior está ya esperando un adulto. Quizás ahora vemos un anciano en el exterior pero en el interior todavía hay un niño.

Los padres no educan dando instrucciones, educan siendo de una determinada manera. Los niños no aprenden porque se les diga esto o aquello, aprenden lo que ven y lo imitan para ser aprobados y que se cumpla el imprescindible plan del amor. Así que si el padre le dice al niño "tienes que ser educado", pero luego el padre es un grosero, el niño aprende lo que ve en su padre: a ser un grosero y a decir una cosa y hacer otra. Igualmente los niños no nos enseñan a los adultos diciéndonos "tenéis que ser espontáneos, alegres y creativos". Los niños nos enseñan siendo niños, siendo espontáneos, alegres y creativos. Si presto atención me doy cuenta de que yo inspiro a los niños y de que los niños me inspiran a mí, yo les anuncio lo que pueden llegar a ser y ellos me recuerdan lo que un día fui. Muchos padres creen que su tarea es conseguir que los niños dejen de ser niños y también creen que los niños aprenden de los adultos pero no al revés. Madurar no quiere decir matar al niño. Y los adultos, si prestamos atención, podemos aprender mucho de los niños. En un verdadero encuentro todos aprendemos de todos, si prestamos suficiente atención.

Sin duda el Zen es un camino de realización y maduración que requiere de un esmero particular y para este esmero es necesaria una cierta edad y una actitud que no es propia de la infancia. De alguna manera, el Zen ayuda a que la inmadurez se desvanezca y el verdadero adulto interior florezca. Pero la realización no es avanzar hacia el adulto dejando atrás al niño, sino desplegar plenamente el potencial de la propia naturaleza. Nuestro máximo potencial humano está perfectamente representado por el Buddha y este "Buddha interior", que está en cada ser humano, no es ni un niño ni un anciano. Con el Zen el adulto no tiene que hacer una regresión a la infancia ni tampoco tiene que poner a sus hijos a meditar. Se trata tan solo de sentarnos en zazen, pero no como "adultos serios y llenos de razones" sino simplemente como seres humanos.

Cuando el Zen se convierte en una rutina rígida y solemne se pierde de vista el brillo natural. Cuando el Zen se vive con frescura y dinamismo entonces no es un camino de adquisición y construcción de currículum espiritual sino de desprendimiento de lo falso y de recuperación de lo auténtico. Este Buddha interior que respira en nosotros, en todo el mundo, tiene mucho de viejo sabio y tiene mucho de niño puro. Muchas veces jugando con los niños podemos recordar las grandes lecciones de apertura, entrega, novedad, determinación y alegría que más necesita nuestra práctica meditativa. Y muchas veces charlando con los abuelos podemos recibir las otras grandes lecciones que también necesita nuestra práctica meditativa: ecuanimidad, amabilidad, sosiego, abandono, confianza, etc. Lo auténtico y lo profundo no es ni infantil ni anciano, es simplemente Lo Auténtico y Lo Profundo.

La Vía del Zen actualiza nuestro Buddha interno y se abre como un camino de realización para que no nos convirtamos en hombres de piedra y para que florezcamos con nuestro mayor potencial. El camino nos ayuda a mantener vivo el niño original que siempre palpita en nuestro corazón y a despertar al anciano sabio que nos inspira desde dentro con el soplo de lo eterno. Es importante no confundir madurar con hacerse mayor, ni hacerse adulto con volverse rígido y serio. El camino del Zen no nos conduce hacia un "adulto superior" sino hacia el despertar del Buddha interno, hacia nuestro corazón auténtico y profundo, hacia nuestro corazón humano, y este despertar abraza y despliega nuestro espíritu en todas las dimensiones.

El despertar no es el paso final de una secuencia que comienza con el niño y, tras superar al adulto, culmina con el iluminado; el despertar abarca toda mi existencia de principio a fin y despierta a todos los seres que hay en mí: el niño, el adulto, el anciano, el serio, el divertido, el cuerdo, el loco... y por supuesto el ser que no tiene miedo a un relámpago de tristeza desconsolada o de alegría apasionada, por muy grandes y profundas que estas sean.